

Teatro

Mariana Pineda, “arrecogía” política



Por segunda vez, un autor granadino hace de la figura de Mariana Pineda, ejecutada en las postrimerías del reinado de Fernando VII, tema de un espectáculo. Por segunda vez también, su estreno coincide con un período de efervescencia política donde la causa de las libertades y de la democracia consigue catalizar sectores muy amplios del Estado español.

En junio de 1927, la Compañía de Margarita Xirgu estrenaba en Barcelona —y repetía el estreno meses después en Madrid— la *Mariana Pineda*, de Federico García Lorca, a dos años y medio de terminada de escribir. Cincuenta años más tarde, José Martín Recuerda vuelve a encerrar a Mariana Pineda entre las *arrecogías del Beaterio de Santa María Egipcíaca*, después de diez años de inquisición y de espera, en el espectáculo dirigido por Adolfo Marsillach y estrenado en el Teatro de la Comedia, de Madrid. Entre estos dos espectáculos poco hay en común, salvo el propósito de sus autores de rescatar de la Historia y de la leyenda la figura de la heroína liberal de su tierra, para hacer de ella tema y argumento de un canto a la libertad. Alguien ha dicho que sin la *Mariana Pineda* de Lorca no existirían «*Las arrecogías...*» de Martín Recuerda; y debe ser cierto, porque algo hay en este espectáculo que enmienda definitivamente la plana y rectifica los cargos poéticos y románticos, deformados por la leyenda popular, con que pintó Lorca el convento granadino de Santa María Egipcíaca: cipreses, fuente-cillas y arrayanes; poblado de monjas de «toquitas blancas y trajes azules», que andan de puntillas y entretienen con ingenuos coloquios las últimas horas de una condenada a muerte,

cuyo delito fue bordar una bandera por amor a un amante, «¿Amas la Libertad más que a tu Marianita? ¡Pues yo seré la misma Libertad que tú adoras!».

«Entre García Lorca y yo ha mediado un millón de muertos», le gusta repetir a Martín Recuerda cuando alguien le pregunta por el antecedente lorquiano de sus «*Arrecogías*», y hasta reclama sus derechos de granadino para investigar en el patrimonio de la Historia de su tierra. No hacía falta. Lorca convirtió en teatro las leyendas y romances que escuchó en boca de su gente. Martín Recuerda ha rebuscado durante ocho años en la biografía de Mariana Pineda, en la época del terror fernandino y entre los viejos muros del convento de Granada. Ha puesto en pie una hipótesis de trabajo, ha ordenado los documentos históricos y se ha permitido la licencia de rellenar los vacíos. El resultado es este impresionante retablo histórico, donde se deja constancia de la represión de los pronunciamientos liberales durante los últimos años del reinado de Fernando VII, a los que permanece vinculada la vida y la muerte de Mariana Pineda. La intuición le lleva a suponer que el convento de Santa María Egipcíaca, orden de ámbito diocesano desaparecida años después, dedicada a

la «regeneración de mujeres de vida alegre», de las que hacían entrega para su tutela las autoridades civiles o la propia familia, si eran menores de edad (de ahí el nombre de «recogidas», o «arrecogías» en deformación popular), sirvió también de prisión política donde, bajo la severa autoridad de las monjas, pasaron largas temporadas en espera de juicios o sentencias muchas mujeres identificadas con el ideal liberal, entre ellas, como una más, la heroína legendaria Mariana Pineda.

Del mismo modo, la historia de esta mujer, mitificada por la voz popular de los romances, encuentra en la detallada descripción de Martín Recuerda un curso inédito. Ya no se trata de la enamorada que se identifica con la bandera de la libertad que enarbola su amante, sino de alguien que tiene manifiesta conciencia política; que trabaja activamente en la conspiración —y no bordando—; que utiliza su posición social y su cuerpo para conseguir la libertad de los suyos; y que adopta una emancipada actitud como mujer.

Lo verdaderamente sorprendente es que este friso carcelario, de represiva y vigilante tutela de monjas realistas, expertas en procedimientos disuasorios de orden público, donde conviven presas comunes, prostibularias y políticas, ha recibido el refrendo de posteriores investigaciones históricas. El catedrático de la Universidad de Granada y director del Departamento de Literatura Española, Emilio Orozco Díaz, impresionado por la lectura de la obra de Martín Recuerda, se interesó por los

restos del archivo del Beaterio (convertido actualmente en colegio de religiosas dedicadas a la enseñanza), entre los que pudo hallar el libro de entradas y salidas de reclusas correspondiente al siglo XIX.

«Inmediatamente busqué los folios —dice el catedrático— donde había de aparecer el testimonio de ingreso de Mariana Pineda. En efecto, allí estaba consignada la entrada: «En 27 de marzo entró D.^a Mariana Pineda, en clase de depósito, hasta finalizar su causa». Y, al margen, también estaba anotada la salida y el cumplimiento de la sentencia: «Y salió dha. D.^a Mariana Pineda, el día 24 de mayo del mismo año de 1831 pa. ser ajusticiada el 26 del mismo. R.I.P.». Pero la obra de Recuerda, con su impresionante cuadro de «arrecogías», me incitó sobre todo a buscar qué reclusas había entonces en el Beaterio para contrastar la visión literaria que ofrece el autor con la que pudiera deducirse de este documento. Figuran mujeres recluidas para rectificar su conducta o extravíos morales, o en algún caso por ser ocasión de escándalo o perjudicial para algún hogar respetable. También figuraban entonces mujeres presas por delitos comunes, enviadas por la sala del crimen, aunque algunas pasaban a la cárcel de corte. Pero lo que más abunda en esas fechas de la estancia de Mariana —según demuestra este libro— son las recluidas «sin tiempo» por orden del Subdelegado de Policía, don Ramón de Pedrosa; esto es, lo que hoy llamaríamos presas políticas. La visión desgarrada que nos ofrece Recuerda del interior de este convento, prisión y correccional,



«Las arrecogías del Beaterio de Santa María Egipciaca» constituye un impresionante retablo histórico donde se deja constancia de la represión de los pronunciamientos liberales durante los últimos años del reinado de Fernando VII, a los que permanece vinculada la vida y la muerte de Mariana Pineda. En la foto, un momento de la representación.



El teatro de Martín Recuerda, autor de «Las arcecoqías...», demuestra especial habilidad y oficio para reconstruir pasajes verídicos de nuestra Historia, presentando al espectador una visión crítica de hechos más o menos relacionados con los conflictos que vive en este momento. La imagen recoge otro instante de la obra de Martín Recuerda.

queda en el fondo mucho más cerca de la realidad histórica que la que había ofrecido la literatura y la erudición.»

Aún existen más coincidencias entre la obra y los escuetos detalles y anotaciones que aparecen en el libro relativas a las reclusas, como la presencia de determinados personajes o la historia de alguno de sus delitos. Se funden, pues, en el texto propuesto por Martín Recuerda, sobre datos de la investigación histórica de la época, intuiciones y licencias que desarrollan el argumento desde esos mismos datos documentales.

El teatro de Martín Recuerda, gran parte de cuya producción («El engaño», «Crucifixión y muerte de Celestina»...) se vuelve hacia episodios de nuestra Historia, demuestra especial habilidad y oficio para construir lo que más arriba denomino «retablos», donde se reconstruyen pasajes verídicos y se fabulan otros para presentar al espectador una visión crítica de unos hechos más o menos relacionados con los conflictos que vive en este momento. Esa misma estructura del teatro de Martín Recuerda le hace ser plano en exceso, monótono a veces, sin posibilidad de matizar —a través de una mayor medida del clima de la obra— otros contenidos que los expuestos en la superficie. Hay también un lastre de literatura, acentuado en las situaciones dramáticamente más tensas, que sobrecarga los diálogos de los personajes de imágenes poéticas artificiales, postizas y engoladas que quitan eficacia a la tensión teatral acumulada en cada situación. La entrada de los cantos y bailes, utilizados sin demasiada medida y con

unas letras que, en lugar de aportar elementos nuevos o soldar cuadros de situaciones, desperdician energías en inútiles barroquismos, hacen que el espectáculo —al menos en la duración de su estreno— sea en exceso reiterativo y canse visiblemente al espectador. Por otra parte, la formidable dirección de Marsillach ha enfriado o cerebralizado el exceso de visceralidad de la propuesta inicial del autor, que prácticamente pedía una función en un grito. Este colorido de fiesta andaluza, abigarrada y barroca, llena de continuas explosiones cromáticas y sonoras, es lo que ha quedado reducido, en su propio beneficio, por la inteligente puesta en escena de Marsillach. Una buena interpretación, sin grandes desigualdades entre los actores, y un buen tratamiento coreográfico y musical (independientemente de su empaste con el resto del espectáculo), son las notas más destacables del trabajo en el escenario.

Parece inevitable —por último— la referencia al «Marat-Sade», también dirigido por Marsillach hace varios años. No sólo lo recuerda el montaje, sino que da la impresión de que el propio autor eligió la plantilla del espectáculo de Peter Weiss para construir su obra.

Inútil insistir en el éxito de crítica y público, justificado y merecido en todo momento, tanto por los valores del espectáculo, como por las ganas que los espectadores demuestran tener de que en nuestros escenarios pueda representarse un teatro que interpele nuestro tropezón proceso a la democracia. ■ **MOISES PEREZ COTERILLO.** Fotos: Manuel Martínez Muñoz.